



**FLACSO**  
CHILE  
Biblioteca

F6262  
DT. 387  
C.3

DOCUMENTO DE TRABAJO  
PROGRAMA FLACSO-CHILE  
NUMERO 387, Octubre 1988.

El presente trabajo se inscribe en un proyecto conjunto con el Bergstraesser Institut de Freiburg, financiado por la Fundación Volkswagen. La responsabilidad por los análisis, el texto y las conclusiones es exclusiva de los autores y no compromete a las instituciones nombradas.



158.-

EDAD Y POLITICA EN EL CHILE AUTORITARIO: UN ANALISIS EXPLORATORIO Y CONJETURAS PARA UN FUTURO DEMOCRATICO \*

Angel Flisfisch  
Mauricio Culagovski  
Marcelo Charlin

\* El presente trabajo se inscribe en un proyecto conjunto con el Bergstraesser Institut de Freiburg, financiado por la Fundación Volkswagen. La responsabilidad por los análisis, el texto y las conclusiones es exclusiva de los autores y no compromete a las instituciones nombradas.

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL  
SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL  
SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL

SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL  
SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL

SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL  
SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL  
SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL

## RESUMEN

El presente trabajo explora la hipótesis que afirma que los miembros más jóvenes de los públicos masivos chilenos, socializados durante el período autoritario, guardan respecto de la política actitudes de retraimiento, apatía o alienación. La evidencia presentada es contradictoria con esa idea, y sugiere un cuadro más complejo que fuerza a distinguir procesos diversos de incorporación a la vida política, que operan diferencialmente sobre distintos grupos sociales. A partir de ese cuadro más complejo, se ensayan algunas conjeturas sobre sus posibles repercusiones para una etapa de consolidación democrática.



## 1. Introducción

Dentro del conjunto de supuestos comúnmente utilizados para describir y analizar la situación política chilena durante estos últimos años de la era autoritaria hay uno que, además de ser aceptado por lo general sin mayor discusión, sin duda apunta a una cuestión importante en términos de lo que plausiblemente se pueda prever respecto de las características de la evolución política en los años venideros y de las probabilidades a favor de una consolidación democrática.

Se trata de la noción de que la parte más joven del público masivo -particularmente, aquella proporción que ha carecido de una experiencia directa con las reglas, contenidos y ritos del proceso político democrático- ha desarrollado ciertos rasgos peculiares, producidos precisamente por la interrupción de ese proceso, y descritos usualmente a través de conceptos tales como apatía, alienación (en el sentido de indiferencia o lejanía respecto de la política), desinformación, baja participación, desideologización, despolitización y otros similares. Con frecuencia, a este cuadro de retraimiento generalizado hay quienes añaden un diagnóstico que afirma una difusión importante no ya de orientaciones neutrales e indiferentes

respecto de la política en general y de las posibilidades de redemocratización en particular, sino de actitudes negativas activas. Por ejemplo, una difusión de estilos cognitivos y afectivos autoritarios, potencialmente antidemocráticos.

Sin duda, hay tanto alguna evidencia empírica acumulada a través de los años como razones atendibles que otorgan plausibilidad a la idea que afirma que la interrupción de procesos democráticos por tiempos relativamente largos produce efectos peculiares en los grupos de edad o cohortes cuya socialización política acaece durante el interregno no democrático.

En términos de evidencia empírica, la referencia obligada es al trabajo seminal de Converse(1), publicado hace ya casi veinte años, sobre la estabilización en el tiempo de la intensidad o fortaleza agregada -esto es, agregada respecto del electorado o público masivo de que se trate- de la variable conocida como identificación partidista (o identificación con un partido político). Para los fines del presente análisis, es irrelevante discutir la naturaleza o calidad atribuible al efecto macropolítico de una estabilización de la identificación partidista, es decir, si es o no una condición necesaria de la estabilidad general de la institucionalidad democrática, o si ese efecto es

necesariamente positivo en relación con esa estabilidad general. Tampoco interesa comentar las vicisitudes del concepto de identificación partidista en la literatura más reciente, ni la posible evolución de la variable en las últimas dos décadas en las democracias postindustriales(2). Lo que sí cabe destacar es que Converse, considerando las interrupciones del proceso democrático ocasionadas por el fascismo en Italia y Alemania, predijo una forma particular para la curva de intensidad agregada de la identificación partidista en esos casos, y logró contrastar exitosamente esa predicción utilizando los datos de La Cultura Cívica. Hasta donde llega el conocimiento del autor, el único caso de transición donde las cuestiones levantadas por Converse han sido objeto de estudio empírico sistemático es el de España. Y en el caso de este país, la evidencia existente muestra una curva de intensidad agregada cuya forma es la predicha por Converse(3), además de poner de manifiesto la existencia de continuidades importantes, pese a cuarenta años de franquismo. Por ejemplo, pese a la duración de la interrupción, operaron en el tiempo mecanismos familiares de transmisión intergeneracional de lealtades partidistas, un elemento que estaba contemplado en el modelo postulado por Converse(4).

Si bien la evidencia acerca de efectos de interregnos no

democráticos sobre cohortes socializadas durante ellos no va más allá del fenómeno de la identificación partidista, hay buenas razones para suponer que las características de un autoritarismo como el chileno pueden producir impactos peculiares sobre ellas. En parte, esas características son de naturaleza tal como para llevar a predecir, casi naturalmente, ese efecto de retraimiento político generalizado que muchos sostienen que exhibe hoy la población más joven. Pero hay otros rasgos de la situación a partir de los cuales es más difícil practicar inferencias tan nítidas como la recién referida.

La adquisición de orientaciones subjetivas políticamente relevantes -con certeza, combinaciones más o menos complejas de elementos cognitivos, afectivos y conativos- implica un aprendizaje social estrechamente vinculado a la amplitud y a la calidad o naturaleza de la estructura de oportunidades para la acción política que define la situación de que se trata. Puesto de otra manera, el tipo de orientaciones predominantes en las ciudadanas y ciudadanos comunes, y por consiguiente los modos cómo ellos se relacionan con la política, se explican en una medida importante por las características del repertorio de modalidades de acción política disponibles para ellos.

Bajo condiciones democráticas, de las cinco modalidades convencionales de acción política identificadas por Verba y Nie(5), tanto la votación como la actividad de campaña electoral ocupan un lugar central tanto en cuanto rasgo primario y necesario de la vida política -no hay democracia sin competición electoral interpartidista-, como asimismo en cuanto focos primarios en torno a los cuales se articula el aprendizaje social masivo políticamente relevante. Obviamente, la importancia de estas dos modalidades como focos de socialización tiene que ver con la relevancia estructural que dentro del proceso democrático ellas poseen, pero también con el hecho que la iniciativa personal requerida para involucrarse en ellas es baja, y salvo casos excepcionales, el riesgo que conllevan es igualmente bajo.

Excluyendo el proceso electoral-plebiscitario en marcha durante 1988, ambas modalidades de acción están ausentes del repertorio característico de la interrupción autoritaria, y de las tres modalidades convencionales restantes identificadas por Verba y Nie, ninguna parece poseer potencialidades para suplir ese déficit.

Tanto el contacto personal con autoridades sobre problemas colectivos como el contacto personal con autoridades para fines particulares son modalidades que por

exigir una gran iniciativa personal suponen la adquisición previa de un alto sentido personal de eficacia política a través de un aprendizaje asociado a otras formas de actividad. Independientemente de la extensión que hayan tenido estas actividades durante estos años de autoritarismo, probablemente menor que en el pasado en razón de la reducción significativa de intermediarios políticos profesionales y de la existencia de sesgos sociales importantes en las oportunidades de acceso, es difícil concebirlas como modos adecuados para el desarrollo de procesos de aprendizaje social masivo de orientaciones políticamente relevantes.

Algo similar acontece con lo que se ha denominado de actividad cooperativa, esto es, participación voluntaria en formas diversas de organización o acción colectiva con alguna relevancia política. Además de suponer también una socialización previa que produzca predisposiciones activas hacia la política y hacia el trabajo con otros, probablemente ha sido afectada más que considerablemente por las condiciones represivas que han prevalecido. De hecho, desde 1985 diversas encuestas han mostrado una y otra vez tasas bajísimas de afiliación a asociaciones voluntarias en general.

La pobreza de oportunidades convencionales que

caracteriza al repertorio autoritario de acción política y el consiguiente empobrecimiento de la vida social en términos de estímulos políticos normales o convencionales, constituye un fundamento plausible para el diagnóstico que afirma un retraimiento político generalizado de las cohortes más jóvenes. Otras consideraciones pueden reforzar este diagnóstico. Por una parte, las condiciones represivas han configurado la idea misma de la actividad política como algo eminentemente riesgoso o peligroso, y cabe suponer que ello ha contribuido a alejar a las personas de la política, creando en ellas una predisposición a evitar aún involucramientos con una relevancia política menor, como intercambios cotidianos informales de opiniones políticas. Por otra, durante años los medios de comunicación han sido monopolizados por mensajes con contenidos autoritarios antipolíticos -desvalorización de la política y los políticos, de los partidos políticos, y hasta hace muy poco, de la idea misma de democracia-, reforzados por la difusión de elementos ideológicos neoliberales o neoconservadores que connotan una valoración extremadamente positiva de la preocupación exclusiva con los asuntos privados propios, prescindiendo del ámbito de los asuntos públicos.

No obstante, hay otros rasgos de la situación que si bien

apuntan a la posibilidad de impactos peculiares en las orientaciones predominantes en las cohortes más jóvenes, lo hacen en sentidos distintos del que preconiza la tesis del retraimiento.

En parte, la pobreza de oportunidades políticas convencionales que es propia de una situación no democrática puede suplirse a través del tipo de movilización masiva que se asocia al desempeño de sistemas de partido único como en el caso de los fascismos europeos o de socialismos reales como el cubano. Sin duda, estas modalidades de movilización constituyen experiencias adecuadas para un aprendizaje político masivo activamente orientado. La cuestión crucial respecto de ellas es que la relación entre el tipo de efectos de socialización que quepa atribuirles y las necesidades de una democratización y consolidación democrática es por lo menos problemática. Presumiblemente, contribuirían a generar orientaciones políticas activas antidemocráticas.

El autoritarismo chileno ha mostrado una escasa voluntad de movilizar, y cuando lo ha hecho ha practicado la movilización de maneras altamente selectivas. A diferencia de los sistemas de partido único usualmente etiquetados de totalitarios, que procuran imponer formas de movilización tan socialmente inclusivas como les sea posible, maximizando la

proporción de población involucrada, el autoritarismo chileno ha movilizó sólo a sus partidarios activos, plenamente identificados con él. Pero por lo menos para una proporción de la población más joven, cuya magnitud es difícil estimar, estos fenómenos pueden haberles procurado una escuela de aprendizaje político cuyos efectos presumibles obligarían a revisar el diagnóstico del retraimiento.

El repertorio autoritario de acción política ha incluido también modalidades no convencionales(6), desde formas suaves o débiles como firmar peticiones de reclamo y denuncia o participar en demostraciones callejeras hasta formas tan duras o extremas como el uso de violencia contra personas o el acto terrorista. Estas modalidades no convencionales han alcanzado un desarrollo importante desde 1983, particularmente durante el ciclo de las "protestas", siguen poseyendo una visibilidad significativa hoy en día, y dependiendo de la evolución del proceso político, es altamente probable que sigan con nosotros en el futuro, con grados variables de relevancia.

Las potencialidades de estas modalidades no convencionales en términos de aprendizaje político masivo basado en experiencias directas es limitado. Aún bajo condiciones democráticas normales estas formas de acción

política" suponen tanto un alto grado de iniciativa personal como riesgos igualmente elevados, comparadas con modalidades convencionales como votar o involucrarse de alguna manera en una campaña electoral. Bajo condiciones autoritarias, el riesgo es considerablemente más elevado y ello hace que, en cuanto modalidad de aprendizaje político directo, las acciones contestatarias o de protesta adquieran relevancia sólo respecto de una proporción minoritaria de la población, caracterizada por una propensión al riesgo inusualmente alta.

No obstante, desde el momento en que estos modos de acción política adquieren suficiente visibilidad social y una legitimidad relativamente difundida, pueden convertirse en focos de un aprendizaje político masivo vicario, que si bien no implica una participación efectiva en ellos, conduce al establecimiento de relaciones afectivas positivas con ellos y a la generación de orientaciones políticamente relevantes con contenidos y efectos previsibles peculiares. En otras palabras, en la ausencia de modalidades convencionales de acción política que fijen y establezcan procesos de socialización política, las modalidades no convencionales de protesta y contestación pueden convertirse en un equivalente funcional, a través de la consolidación en la persona de un potencial de protesta (7), que sirva de núcleo duro de un mapa

cognitivo-afectivo utilizado para la comprensión de la política y para orientarse hacia ella.

Nuevamente, una cuestión crucial es la del contenido de las orientaciones que puedan emerger de procesos de socialización, directos o vicarios, tan unilateralmente y principalmente basados en fenómenos de protesta y contestación, y el impacto de ellas sobre las chances de una democratización y una consolidación democrática. Pero independientemente de las respuestas a esas preguntas, la consideración de estas otras posibilidades de aprendizaje político masivo en el contexto autoritario chileno debería obligar aún a una mayor cautela en el tratamiento de la tesis del retraimiento de la población más joven. Cualesquiera que sea el contenido emergente de ese posible aprendizaje, presumiblemente implicará orientaciones activas.

Por otro lado, que haya razones suficientes para hipotetizar que la interrupción del proceso democrático chileno ha producido efectos particulares en la población socializada políticamente en este período no debería hacer olvidar la posibilidad de que, conjuntamente con esos rasgos nuevos de la situación que implican discontinuidades respecto del pasado democrático, hayan operado inercias históricas, expresadas en procesos de transmisión intergeneracional.

Según se indicó, aún en un interregno autoritario tan largo como el español esas fuerzas operaron y generaron continuidades relevantes. A partir de este argumento, cabría esperar un cuadro efectivo de la situación más complejo aún que el que usualmente se presupone.

La forma cómo ha afectado el autoritarismo a la población más joven no es sólo una preocupación académica. Se estima que más del 50% del electorado potencial para el plebiscito de sucesión presidencial no ha votado nunca en una elección competitiva de carácter nacional. Ello significa que presumiblemente entre un 45% y un 50% de ese electorado ha completado su socialización, la ha hecho totalmente o la está haciendo dentro de esta fase autoritaria. El comportamiento de esta población más joven pasa entonces a ser decisivo en la determinación de los efectos y fenómenos macropolíticos de los que dependerá la evolución del proceso político y las chances de la democracia.

Un punto que conviene subrayar desde ahora es que el camino que conduce desde las orientaciones políticamente relevantes de los individuos hasta efectos macropolíticos generales, como la estabilidad o inestabilidad del orden político, es un camino complejo que no está inequívocamente determinado por las orientaciones existentes en los públicos

masivos y la forma cómo ellas se distribuyen.

Las orientaciones de los públicos masivos se plasman en comportamientos efectivos a través del encuentro con oportunidades. Por regla general, los públicos masivos no crean esas oportunidades. Las producen empresarios políticos que compiten por los favores de ese público. El comportamiento agregado del público masivo opera una selección sobre las oportunidades en competencia -algunas desplazan a otras-, pero ese comportamiento agregado es un producto ciego de muchas acciones que no poseen ningún control sobre él. Las oportunidades seleccionadas son recursos de poder en las interacciones estratégicas entre élites, pero no determinan estrictamente los resultados de los juegos políticos.

Así, por ejemplo, de la tesis sobre el retraimiento político generalizado de la población más joven no se siguen, de manera mecánica o automática, previsiones acotadas sobre efectos macropolíticos. Desde un punto de vista de gobernabilidad(8), se puede avanzar el argumento ya clásico sobre cómo un grado importante de retraimiento o escaso involucramiento en política favorece la estabilidad. Pero se puede argumentar en contrario que el retraimiento implica una masa disponible para ofertas antidemocráticas o

populistas con consecuencias desestabilizadoras, y en ese sentido encierra un riesgo mayor que la explosión de demandas que puede generarse en un público masivo donde predominan orientaciones muy activas hacia la política. No son las dos únicas líneas de razonamiento posibles a partir de la premisa del retraimiento, pero basta con ellas para hacer claridad sobre el punto: cualquier previsión sobre resultados macropolíticos exige considerar varias otras variables, además del dato sobre las orientaciones prevaletientes en el público masivo.

No obstante, esas orientaciones son un ingrediente principal del proceso político, una materia prima con la cual se construyen los resultados macropolíticos. Como toda materia prima, ellas introducen restricciones en cuanto a la naturaleza de la obra posible, y por eso adquiere relevancia la pregunta por las características de ellas.

Partiendo de la plausibilidad de la idea de que una interrupción del proceso democrático puede producir efectos peculiares en las cohortes socializadas durante esa interrupción, los análisis que aquí se presentan persiguen evaluar la justeza de esa idea en el caso chileno. ¿Se puede hablar de retraimiento en el caso de las cohortes más jóvenes que integran los públicos masivos chilenos? Las

orientaciones políticamente relevantes que las caracterizan, ¿permiten identificar rasgos atribuibles a impactos de la situación autoritaria? Las orientaciones prevaletes en ellas, ¿favorecen o desfavorecen las chances de una consolidación democrática? Estas son las preguntas que se explorarán en las páginas siguientes.

## 2. Algunas cuestiones previas y los datos del análisis

La pregunta principal que guía los análisis que se presentarán es, aparentemente muy simple: ¿qué efectos específicos, si alguno, ha producido la interrupción del proceso democrático en Chile sobre aquella proporción de la población cuya socialización política ha tenido lugar durante la era autoritaria?

Sin embargo, la simplicidad de la pregunta es más aparente que real. Su tratamiento analítico conlleva necesidades de precisión conceptual y dificultades metodológicas que hay que explicitar.

Primero, hay que destacar que la pregunta en cuestión sólo tiene sentido si se acepta la premisa que la vida política útil de una persona se divide en dos fases: una fase inicial de formación o aprendizaje que conduce a la

adquisición de orientaciones afectivas, cognitivas y conativas políticamente relevantes, y una segunda fase caracterizada por una constancia significativa de las orientaciones previamente adquiridas.

Suponer lo contrario, esto es, que el comportamiento político de cualquier segmento del público masivo se explica como respuestas transitorias a fuerzas coyunturales o de corto plazo, respuestas que guardan poca relación con la historia próxima y más remota de ese segmento, despojaría de gran parte de su interés a la pregunta sobre qué sucede hoy con los más jóvenes. Esta pregunta interesa justamente en razón de la posibilidad que el autoritarismo deje huellas más permanentes en ellos.

No es fácil trazar una línea divisoria nítida entre los años formativos y ese resto del ciclo de vida mucho más rígido y menos plástico en cuanto a la posibilidad de cambio de las orientaciones políticamente relevantes. Tampoco es fácil estimar la duración de esos años formativos. Hay aquí en juego idiosincrasias personales, peculiaridades familiares, diferencias relativas a género y posición social, y también especificidades nacionales, tanto culturales como provenientes de modalidades diversas de organización política.

A la vez, esa distinción entre años formativos y años postformativos no implica ausencia de cambio durante los últimos. Con seguridad lo habrá, y derivado de dos fuentes.

Por una parte, el hecho de que el medio político circundante esté incesantemente sujeto a mudanzas hace que las personas se vean en la necesidad de fabricar respuestas nuevas a objetos y estímulos igualmente inéditos. Lo que la premisa afirma es que, concluidos los años formativos, a esos cambios posteriores subyace un estrato más permanente de orientaciones, cuya modificación es dificultosa, que regulan de manera importante la naturaleza de esos cambios posteriores a los años formativos.

Por otra parte, no sólo la fluidez del medio político circundante es fuente de cambios en los años postformativos. Hay también efectos de ciclo de vida. El simple aumento de edad es origen de fenómenos sociales y biosociales que alcanzan un impacto político. El más conocido de estos efectos es el progresivo conservantismo que se asocia al envejecimiento, un fenómeno tan universal como para haber encontrado expresión en distintas culturas a través de máximas diversas.

Admitir la distinción entre años formativos y años

postformativos implica aceptar la hipótesis que una determinada cohorte o grupo de edad dentro del público masivo exhibe durante su ciclo de vida una continuidad significativa en su comportamiento político.

No obstante, hay que destacar que esa continuidad no implica un patrón uniforme de comportamiento de todos los miembros de una cohorte. Si bien parece razonable suponer que una variable importante para explicar la naturaleza de las orientaciones adquiridas durante los años formativos la constituyen las experiencias y problemas históricos propios de esos años -es la idea en que se apoya el concepto de generación originado en Mannheim(9)-, obviamente esas experiencias y problemas son vividas de maneras diversas por distintos subgrupos de una misma cohorte, compuestos por miembros que tienen en común ciertos rasgos esenciales (posición social, género, región, etc.)(\*). Previsiblemente, el patrón colectivo de comportamiento político de una cohorte es una combinación de patrones correspondientes a esos distintos subgrupos.

---

(\*) Se trata de lo que Mannheim denominó de unidades generacionales dentro de una misma generación.

A la vez, la hipótesis de la continuidad de comportamiento de las cohortes no prejuzga sobre esta otra cuestión: cuál es la previsión más plausible respecto de la continuidad existente entre cohortes.

En este punto, hay dos posiciones a considerar, que conducen a previsiones diametralmente opuestas.

Desde un primer punto de vista, partiendo de la idea comúnmente aceptada que la historia equivale a cambio, y que por consiguiente las experiencias y problemas históricos que rigen la socialización de un determinado grupo de edad son en un cierto sentido únicos, se puede prever una notable discontinuidad a través de las cohortes. Como para cualquiera cohorte las circunstancias históricas existentes durante los años formativos son distintas de las experimentadas por cualquier otro grupo de edad, en rigor toda cohorte es una generación y la población está compuesta por generaciones muy disímiles unas de otras. De hecho, esa tiende a ser la manera de ver las cosas de todo grupo joven, expresada en una afirmación orgullosa de profunda originalidad y de desprecio por lo anterior.

Desde un segundo punto de vista, sin negar la inevitable mudanza que el tiempo trae consigo, se puede argumentar que

hay evidencia y razones plausibles para admitir la existencia de ciertas fuerzas que operan produciendo continuidades esenciales a través de las cohortes, por lo menos dadas ciertas condiciones.

Una de esas fuerzas es la transmisión intergeneracional -o intercohortes, para emplear un término más neutro- de orientaciones políticamente relevantes. Como se señaló al comienzo, aún en interregnos no democráticos tan prolongados como el de la España franquista hay indicios de que esa clase de mecanismos operaron en el tiempo.

Otra de esas fuerzas es obviamente la permanencia de rasgos importantes de la estructura política. Bajo condiciones democráticas estables, si bien las circunstancias históricas que rigen la socialización de toda cohorte pueden ser concebidas siempre como únicas, a la vez toda cohorte comparte con las que le anteceden el hecho de hacer un aprendizaje político que está plenamente articulado con un repertorio vigente de acción política que otorga una preminencia más que central a dos modalidades de acción: votación en elecciones competitivas y campañas electorales igualmente competitivas. Los estudios de socialización, electorales y de comportamiento político en términos más generales, realizados en sociedades democráticas estables,

siempre han partido de la premisa que ese hecho implica una comunalidad de experiencias a través de los grupos de edad que produce ciertas orientaciones políticamente relevantes difundidas en toda la población.

Desde este segundo punto de vista, es poco probable que una cohorte cualquiera sea una generación relativamente a las otras cohortes. Las fuerzas que operan en el sentido de la continuidad tendrían que encontrar obstáculos muy poderosos para que una cohorte se constituyera en una generación, es decir, un grupo de edad muy disímil de los restantes. Sólo la existencia de circunstancias históricas extraordinarias haría plausible prever la existencia de efectos generacionales que introduzcan discontinuidades significativas relativamente al resto de la población.

Cuando se responde positivamente a la pregunta acerca de posibles efectos de la interrupción del proceso democrático chileno sobre la población más joven, en el fondo se está sosteniendo una hipótesis que asevera la existencia de efectos generacionales. La hipótesis del retraimiento político que afectaría a los más jóvenes es simplemente una versión con un contenido específico de esa hipótesis más general.

Considerando que el golpe militar de 1973 produjo un auténtico cambio prolongado de estructura política en el país -sin duda, "un hecho histórico nada de ordinario", la hipótesis es ya de por sí altamente persuasiva. El problema es cómo contrastarla adecuadamente en términos empíricos, y las precisiones conceptuales hasta ahora hechas muestran que ello no es tarea fácil.

Hay una dimensión del problema que escapa a un esfuerzo contemporáneo de investigación, simplemente por pura imposibilidad lógica. Como señala M.Kent Jennings(10), para caracterizar a un grupo de edad como generación hay que probar, entre otras cosas, que su respuesta en el tiempo a unos mismos objetos políticamente relevantes se mantiene razonablemente constante. Puesto que el medio político circundante cambia, planteando estímulos y problemas inéditos, hay también que probar la existencia de un patrón sistemático, consistente y predecible, de respuesta a la novedad. Finalmente, dado que lo característico de un efecto generacional es la disimilitud que establece relativamente a las otras cohortes, hay que demostrar que la posición relativa a través del tiempo de la cohorte que interesa en relación con las restantes efectivamente exhibe esa disimilitud. Todo ello implica observar el comportamiento del grupo de edad en que recae la atención

durante buena parte de su ciclo de vida. Contemporáneamente, para la parte más joven del público masivo chileno de hoy, ello es lógicamente imposible.

La única estrategia posible consiste en comparar los grupos más jóvenes y los grupos más viejos a partir de un corte temporal que parezca razonable, empleando observaciones contemporáneas. Pero hay que subrayar que cualquiera inferencia que se haga desde esa comparación, afirmando o negando la existencia de efectos generacionales, está abierta a críticas difíciles de zanjar rotundamente. Discutir detalladamente las alternativas de interpretación posibles frente a cada tipo de hallazgo concebible es demasiado tedioso. Vale más la pena postergar esa discusión, y hacerla respecto de resultados específicos. En todo caso, el análisis y la interpretación se harían más fáciles si se contara con series temporales, comparables con los datos contemporáneos, que describieran el comportamiento de las cohortes más viejas durante las décadas previas a 1973. Desafortunadamente, no hay información de esa clase que esté disponible.

Los datos utilizados aquí provienen de una encuesta masiva realizada en noviembre de 1987 a algo más de 3000 personas residentes en comunas del Gran Santiago, mayores de

18 años. El tamaño de la muestra se explica porque la encuesta se inscribe en un diseño de panel, que contempla tres o cuatro olas, cubriendo un período de tiempo algo mayor de tres años. La muestra es totalmente aleatoria, aún hasta la selección de la persona encuestada en su hogar de residencia.

El hecho de que la muestra se circunscriba a Santiago supone una restricción seria si el interés recae en la estimación de parámetros nacionales. Pero en la medida en que lo que interesa es explorar relaciones -concretamente, las posiciones relativas de diversas cohortes en distintas variables- esa restricción se atenúa considerablemente. Sólo sería un problema si existieran razones para pensar en interacciones importantes entre edad y región.

El tamaño de la muestra es lo suficientemente grande como para trabajar, por lo menos en un primer momento, con grupos de edad relativamente muy diferenciados. El número de casos disponibles ha permitido construir las once cohortes cuyas características demográficas y de biografía política más sumarias se describen en el Cuadro 1. En cuanto sea posible, el análisis mantendrá estas once cohortes como unidades básicas. No obstante, al entrar a considerar dos o más variables, distintas de la membresía en una

**Cuadro 1**  
**Caracterización de cohortes**

Cohorte	Tramo de edad	Cumplen 15 años	Derecho a voto	Edad en 1973	N
1	18-22	1984-1980	-	4-8	522
2	23-27	1979-1975	-	9-13	473
3	28-32	1974-1970	-	14-18	395
4	33-37	1969-1965	1972-1971	19-23	322
5	38-42	1964-1960	1970-1966	24-28	352
6	43-47	1959-1955	1965-1961	29-33	244
7	48-52	1954-1950	1960-1956	34-38	205
8	53-57	1949-1945	1955-1951	39-43	171
9	58-62	1944-1940	1950-1946	44-48	162
10	63-67	1939-1935	1945-1941	49-53	158
11	68 ó más	1934-	1940-	54-	79

cohorte, se ha impuesto la necesidad de agregarlas, pese a lo inusual del tamaño de la muestra. Conservar la división en once cohortes en esos casos habría significado recurrir a modelos de análisis más complejos que los simples expedientes de comparación empleados aquí.

En términos de la pregunta explorada en este trabajo, las tres primeras cohortes constituyen naturalmente un grupo. Ninguno de los miembros de ellas ha votado hasta la fecha en elecciones competitivas con un carácter político nacional. Si se establece el comienzo del período de socialización política relevante para la edad adulta entre los 13 y los 15 años, las dos primeras cohortes son nítidamente "generaciones del autoritarismo". Parte de los miembros de la tercera cohorte iniciaron su socialización en las postrimerías del período democrático, pero considerando que estuvieron excluidos del proceso electoral y que parte importante de sus años formativos han transcurrido con posterioridad a 1973, en los análisis más agregados se ha agrupado esta tercera cohorte con las dos primeras. Es el posible comportamiento diferencial de este grupo de tres cohortes el que interesa primordialmente aquí.

Las siete cohortes que siguen comparten la característica de haber iniciado y completado su proceso de socialización

antes de 1973, salvo quizás una proporción de la cuarta cohorte, durante un período notoriamente exento de quiebres institucionales graves. Adicionalmente, su aprendizaje político estuvo vinculado a elecciones competitivas y campañas electorales periódicas. La última cohorte no comparte la primera característica, pero su reducido tamaño ha hecho necesario considerarla con las siete restantes en los análisis más agregados.

Las ocho cohortes recién consideradas encubren con una muy alta probabilidad una gran heterogeneidad en cuanto a tipo de relaciones con el proceso electoral democrático.

Parte de los miembros de las tres últimas cohortes son mujeres cuya incorporación al proceso electoral se produjo, en términos de oportunidad de participación, sólo en 1949. Por consiguiente, muchas de ellas iniciaron y completaron su socialización en esa poco estudiada condición de exclusión formal del proceso central de la vida democrática masiva.

Adicionalmente, hay que considerar que el electorado efectivo fue bajísimo hasta comienzos de la sexta década del siglo y que el clientelismo electoral tradicional se erosionó también con gran lentitud. Recién desde 1963 se puede hablar de un electorado masivo en términos contemporáneos. Como

consecuencia, una proporción probablemente importante de miembros de las cinco últimas cohortes posee una historia electoral bastante más reducida o menos moderna que la que los hitos consignados en el Cuadro 1 sugieren.

Pese a estas prevenciones, puede presumirse que las dos categorías de cohortes -primera a tercera, y cuarta a decimoprimer- reflejan gruesamente la distinción que se intenta capturar: el hecho de incorporarse a la vida política bajo condiciones democráticas, o el hecho de hacerlo bajo condiciones autoritarias.

### 3. La hipótesis del retraimiento; interés por la política y lejanía respecto de la política

Una manera conveniente de iniciar el esfuerzo por identificar diferencias en las orientaciones de las cohortes más jóvenes -primera a tercera en el Cuadro 1- respecto de las exhibidas por las cohortes más viejas, reside en explorar la posible sustentación empírica de la hipótesis del retraimiento político generalizado que afectaría a los más jóvenes.

El cuestionario aplicado a los encuestados en noviembre de 1987 contiene dos preguntas que proporcionan otras tantas

medidas del involucramiento psicológico en política y del grado de lejanía o indiferencia que se siente respecto de la política, respectivamente.

La primera es una pregunta ya clásica en la investigación comparativa sobre públicos masivos, que inquiere por el grado de interés que la política tiene para la persona(\*). El porcentaje de aquéllos que dentro de una cohorte expresan mucho o bastante interés por la política es una medida razonable del grado de retraimiento de esa cohorte: cuánto menor ese porcentaje menos interés por la política exhibe esa cohorte, y es de presumir que una de las dimensiones que se tienen en cuenta al hablar de retraimiento es un bajo interés por la política.

El Cuadro 2 muestra ese porcentaje para cada una de las cohortes y para el total de la muestra (o porcentaje promedio). Una primera observación que cabe hacer es que ese porcentaje promedio puede no ser bajo al compararlo con datos de otros países en situaciones muy diferentes de la chilena. En la Francia de 1969, en un contexto pletórico de estímulos políticos, una pregunta idéntica a la empleada

---

(\*) Textualmente, dice así: "En términos generales, diría Ud. que la política le interesa mucho, bastante, poco o nada".

Cuadro 2

Porcentaje que expresa mucho o bastante interés por la política en cada cohorte

Cohorte	Mucho o bastante interés (%)
1	31.2
2	26.2
3	27.8
4	24.5
5	24.7
6	28.3
7	27.3
8	25.2
9	22.8
10	24.7
11	11.4
Porcentaje total muestra	26.5

en Santiago arrojó como resultado sólo un 20% de personas interesadas mucho o bastante por la política(11).

Contrariamente a la previsión implicada por la hipótesis del retraimiento, las cohortes más jóvenes no están menos involucradas psicológicamente en política que las más viejas. El mayor porcentaje lo exhibe la primera cohorte y si se lo compara con el desempeño de la última cohorte, hay una diferencia más que importante. De las cohortes jóvenes, la primera y la tercera muestran porcentajes superiores al promedio muestral, y la segunda está aproximadamente en ese promedio. Con un poco de buena voluntad, se pueden interpretar los resultados en un sentido contrario al previsto. De hecho, si se agregan las cohortes tal como en el Cuadro 4, hay alguna diferencia a favor de las cohortes más jóvenes en términos de interés por la política.

La segunda medida utilizada para contrastar la hipótesis del retraimiento se ha construido a partir de una pregunta sobre la naturaleza de las preferencias por la forma democrática de gobierno. Concretamente, se trata de la siguiente pregunta:

Ahora me gustaría que me dijera con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo:

- La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno.

- En algunas circunstancias, un gobierno no democrático puede ser preferible a uno democrático.

- A la gente como yo, lo mismo nos da un régimen que otro.

Para los fines del presente análisis, es la tercera proposición la que es interesante. El acuerdo con ella expresa una actitud de indiferencia hacia un aspecto central de la organización política -la forma de gobierno-, y es un buen indicador de un sentimiento de lejanía respecto de la política: si la forma que adopta el gobierno es irrelevante, es de presumir que la política es en general irrelevante para la persona. La proporción de encuestados dentro de una cohorte que elige esa tercera opción es entonces una medida razonable del grado de retraimiento de esa cohorte.

El Cuadro 3 muestra el porcentaje en cuestión para cada cohorte. Los resultados son similares a los obtenidos para interés por la política, en términos de la posición relativa

Cuadro 3

Porcentaje para cada cohorte que expresa acuerdo con: A la gente como yo, lo mismo nos da un régimen que otro

Cohorte	Indiferencia respecto de forma de gobierno (%)
1	22.6
2	24.7
3	28.1
4	(31.4)
5	27.6
6	27.9
7	(29.8)
8	27.5
9	(30.3)
10	24.7
11	22.8
Porcentaje total muestra	26.8

de cohortes jóvenes y cohortes viejas. Nuevamente, con algo de buena voluntad, lo que se obtiene al agrupar cohortes -como se hace en el Cuadro 4- puede interpretarse como favoreciendo una inferencia opuesta a la requerida por la hipótesis del retraimiento de los más jóvenes.

Sin embargo, tanto en el caso del interés por la política como en el de la indiferencia respecto de formas de gobierno, la conclusión más razonable es que no hay diferencias entre cohortes. Las diferencias observadas en el Cuadro 4 son demasiado débiles como para avalar una conclusión distinta.

Una manera de demostrarlo es a través del desempeño que tiene otra variable, fuertemente relacionada con las dos dimensiones de involucramiento subjetivo en política recién exploradas: la educación, medida en términos de años de educación formal completados.

La evidencia sobre la influencia de la educación en el comportamiento político masivo a través de los más diversos contextos nacionales es abundante. En el caso chileno, considerando el período autoritario, hay evidencia en el sentido de que guarda relaciones positivas fuertes con sofisticación política, involucramiento subjetivo en política y orientaciones favorables a la democracia(12).

Cuadro 4

Interés por la política e indiferencia respecto de formas de gobierno en dos grupos de cohortes

	Cohortes	
	1-3	4-11
Porcentaje que expresa mucho o bastante interés	28.6	24.7
Porcentaje de indiferentes respecto de formas de gobierno	24.9	28.4
N	1390	1693

Esta importancia de la educación deriva del hecho de que ella refleja la operación de fenómenos muy diversos. Por una parte, implica la posesión de competencias o habilidades que favorecen la adquisición de mayor sofisticación política, aumentan la exposición a estímulos políticos y hacen más probable la eficacia de la acción política, reforzando sentimientos de eficacia personal. Por otra parte, es un indicador de desempeño u ocupación de posiciones sociales de dirección y control, que se asocian a mayores oportunidades de acción, a exigencias culturales de involucramiento político y a una mayor eficacia objetiva de la propia acción política. La educación es una clara ilustración de un efecto Mateo -al que tiene, se le dará- que prevalece en el dominio del actuar político a través de las más diversas circunstancias nacionales.

El vigor de la relación entre educación e interés por la política, y entre educación e indiferencia respecto de formas de gobierno, queda puesta de manifiesto en los resultados del Cuadro 5(\*). A la vez, ese vigor resalta la debilidad de

-----  
(\* ) La distinción de tres categorías de educación corresponde gruesamente a la distinción convencional en educación básica, media y superior. La tricotomía en cuestión ha probado ser de una gran utilidad en diversos análisis de datos realizados desde 1985. Ello pone en evidencia que esa tricotomía refleja diferenciales en competencias (habilidades) y en posiciones sociales ocupadas que se asocian a esa distinción convencional. El fenómeno ameritaría una consideración más detenida que la que es posible darle aquí.

Cuadro 5

	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
Porcentaje que expresa mucho o bastante interés	17.5	25.2	45.9
Porcentaje de indiferentes respecto de formas de gobierno	35.9	26.0	11.7
N	1127	1348	608

las diferencias contenidas en el Cuadro 4. -

De hecho, se puede presumir que esas diferencias desaparecen desde el momento en que se controla para educación. En países como Chile, hay una relación fuerte entre edad y educación: los jóvenes poseen más educación que los viejos. Para los datos aquí empleados, hay una correlación negativa ( $r$  de Pearson) de 0.34 entre educación y edad. De acuerdo a los resultados exhibidos en los Cuadros 6 y 7, esa previsión se cumple.

El único resultado digno de una mención especial reside en la diferencia observada en la primera columna del Cuadro 6, aunque hay que destacar que no es una diferencia particularmente dramática. Ello hace pensar que la hipótesis del retraimiento de los más jóvenes, si bien no tiene la generalidad que se le atribuye, posee validez para los grupos jóvenes socialmente más destituidos. No obstante, de ello cabría inferir la existencia de una diferencia análoga en la primera columna del Cuadro 7, y esa previsión no se cumple.

Salvo esa posibilidad, que restringiría el ámbito de validez de la hipótesis, hay que concluir que la hipótesis en cuestión no tiene sustentación empírica, por lo menos en

Cuadro 6Interés por la política por grupos de cohortes y por educación

	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
<b>Cohortes:</b>			
1-3	13.6 (257)	25.7 (783)	46.0 (350)
4-11	18.6 (870)	24.6 (565)	45.7 (258)

Entre paréntesis se indica el número de casos en cada una de las seis categorías

---

## Cuadro 7

Indiferencia respecto de formas de gobierno por grupos de cohortes y por educación

	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
<b>Cohortes:</b>			
1-3	35.4	26.9	12.6
4-11	36.0	24.8	10.5

términos de las variables analizadas.

#### 4. Niveles de información sobre la política

Presumiblemente, un segmento del público masivo que siente a la política como una esfera remota respecto de sus intereses, necesidades, anhelos y pasiones, tenderá también a mostrar un grado de desinformación importante en relación con fenómenos políticos.

En el cuestionario que sirve de base a los datos empleados, hay dos preguntas atinentes a esta cuestión del nivel de información política que puede caracterizar a las once cohortes en que se ha dividido la muestra.

Se trata de dos preguntas abiertas. En la primera, se pide a la persona que nombre los partidos políticos que ella recuerde que existen en Chile a la fecha de la entrevista, trátase de partidos que se hayan inscrito o que no lo hayan hecho. En la segunda, se le pide que nombre algunas personalidades políticas chilenas de hoy en día. En ambos casos, las respuestas registradas fueron totalmente espontáneas, sin que mediara la intervención de ningún artificio como la presentación de una lista de partidos o de personalidades políticas.

Para los fines del análisis, las dos variables se han dicotomizado, clasificando a los encuestados en dos grupos: los que no nombran ningún partido político o no nombran ninguna personalidad política, y los que nombran uno o más partidos o nombran una o más personalidades políticas.

Se puede argumentar que se trata de medidas más que groseras del nivel de información política que una persona posee. Después de todo, la política es algo más que nombres de partidos y nombres de políticos. Pero hay que subrayar que el comportamiento analizado es de públicos masivos y no de élites, y para las personas comunes esa demanda por nombres ya es probablemente una demanda fuerte. Piénsese en cuántos títulos de operas y cuántos nombres de cantantes sería capaz de recordar alguien para quien la ópera prácticamente no existe, o cuántos nombres de clubes y jugadores de fútbol es capaz de recordar alguien que a lo más ve en televisión finales mundiales y se salta sistemáticamente las páginas deportivas de los periódicos. La política debe ocupar un lugar intermedio entre el fútbol y la ópera, en cuanto pasión masiva. Para el total de la muestra, aproximadamente un 26% de los encuestados no nombraron ningún partido político, y alrededor de un 48% ninguna personalidad política.

Como se aprecia en los Cuadros 8 y 9, hay una leve tendencia hacia una mayor información en las cohortes más viejas, pero las diferencias son menores y el comportamiento de ambas variables es irregular a través de las cohortes. Esa tendencia leve a una mayor información se destaca algo más al agregar las cohortes, según se observa en el Cuadro 10, pero por lo menos hasta aquí la conclusión más razonable sería que no hay diferencias.

Nuevamente, el notable impacto de la educación, demostrado por los resultados del Cuadro 11, pone de manifiesto el carácter muy menor de esas diferencias. Presumiblemente, al ser las cohortes jóvenes más educadas y al operar las diferencias entre cohortes en favor de las más viejas, esas diferencias deberían disiparse al controlar por educación.

No obstante, como se aprecia en los Cuadros 12 y 13, éste es uno de los casos en que al controlar por una tercera variable emerge una relación antes oculta.

En el caso de ambas variables, hay una discontinuidad importante entre cohortes: en cualquiera de los tres niveles de educación que se han distinguido, el nivel de información de las cohortes jóvenes es importantemente inferior al de las

Cuadro 8Porcentaje para cada cohorte que nombra uno o más partidos

Cohorte	Nombra uno o más partidos (%)
1	71.1
2	69.8
3	73.2
4	77.6
5	75.9
6	79.5
7	72.7
8	79.5
9	72.2
10	78.5
11	72.2
Porcentaje total muestra	74.1

Cuadro 9

Porcentaje para cada cohorte que nombra una o más personalidades políticas

Cohorte	Nombra una o más personalidades políticas (%)
1	47.7
2	52.2
3	51.4
4	52.2
5	48.0
6	58.2
7	55.6
8	60.2
9	48.8
10	58.9
11	51.9
Porcentaje total muestra	52.2

Cuadro 10

Porcentaje que nombra uno o más partidos y porcentaje que nombra una o más personalidades políticas en dos grupos de cohortes

	Cohortes	
	1-3	4-11
Nombra uno o más partidos	71.2	76.4
Nombra una o más personalidades políticas	50.3	53.7

Cuadro 11

	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
Nombra uno o más partidos	63.4	75.9	89.8
Nombra una o más personalidades políticas	36.7	54.6	75.3

Cuadro 12Capacidad de nombrar partidos políticos por grupos de cohortes y por educación

	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
<b>Cohortes:</b>			
1-3	50.2	71.3	86.6
4-11	67.4	82.3	94.2

**Cuadro 13**

**Capacidad de nombrar personalidades políticas por grupos de cohortes y por educación**

Cohortes:	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
1-3	26.6	48.7	71.4
4-11	39.8	62.8	80.6

cohortes viejas.

Parte de la explicación de esta discontinuidad es simple. En el caso de los partidos políticos, una inspección de la lista de las etiquetas políticas recordadas por los encuestados y de sus respectivas frecuencias revela que, de manera abrumadora, se trata de cinco rótulos partidistas tradicionales, heredados del pasado democrático: comunista, democracia cristiana, nacional, radical y socialista. Igualmente, una inspección similar de los nombres de políticos proporcionados por los encuestados y de sus frecuencias respectivas muestra que, de manera semejantemente abrumadora, son políticos que poseían una clara visibilidad social antes de 1973.

Que las cohortes más viejas estén más informadas se explica entonces en parte por la combinación de dos efectos. Primero, disponen de una memoria o información acumulada en el pasado democrático. Segundo, esa memoria posee vigencia política hoy en día, pese a la interrupción autoritaria y al paso de catorce años desde 1973 hasta la fecha de la encuesta.

La cuestión central para aquilatar el significado del hallazgo no es el primer efecto -al final de cuentas, es un

fenómeno más bien trivial-, sino el segundo. La memoria de las cohortes viejas les otorga una ventaja sobre las más jóvenes porque la situación política experimentó un notable congelamiento desde 1973. Sin esa estabilidad de rótulos partidistas y de una parte más que importante del elenco político, esa memoria estaría en gran medida obsoleta hoy. Por ello, la interpretación de las diferencias entre cohortes exhibidas en los Cuadros 12 y 13 en términos de una disposición más activa hacia la política por parte de las cohortes más viejas tiene que ser objeto de una atenuación considerable.

Un resultado quizás más interesante es el del efecto de interacción de edad y educación sobre niveles de información que se observa en esos dos Cuadros. La brecha en información entre los dos grupos de cohortes se va cerrando progresivamente a medida que el nivel de educación aumenta. Ello se presenta acentuadamente en el Cuadro 12 y más débilmente en el Cuadro 13.

En términos sustantivos, ello significa que las condiciones -positivas o negativas- que regulan la probabilidad de que se establezca una relación activa con la política en la población más joven operan con una intensidad muy distinta a través de los grupos sociales. Suponiendo que

el mejor desempeño de los más viejos en cuanto a información es sólo producto del hecho de que han vivido más tiempo, en los grupos vinculados a posiciones socialmente dominantes no se requieren condiciones muy especiales para que los más jóvenes igualen ese desempeño. Entre jóvenes y viejos hay poca diferencia. En el otro polo, en los grupos subordinados más socialmente destituidos sí se requiere de condiciones especiales para que el desempeño de los más jóvenes iguale al de los más viejos. Entre jóvenes y viejos hay mucha diferencia.

Esta evidencia refuerza la idea que la hipótesis del retraimiento necesita ser especificada socialmente. Las condiciones propias de la era autoritaria parecen haber afectado con muy desigual intensidad a los más jóvenes, dependiendo de su posición social.

Las diferencias observadas plantean dos problemas. Primero, qué estabilidad se puede prever para ellas. Segundo, qué efectos macropolíticos se les podría atribuir hacia el futuro.

En la medida en que las diferencias son consecuencia de una memoria de las cohortes viejas que sigue poseyendo vigencia política, el descongelamiento de la situación

política y el advenimiento de un ritmo más acelerado de cambios en objetos y estímulos políticamente relevantes tendrían que operar en el sentido de disipar o atenuar esas diferencias. No se trataría entonces de un efecto generacional incipiente, y la única cuestión pendiente residiría en estimar el tiempo político requerido para que las diferencias desaparezcan.

Esa previsión parece muy plausible en el caso de las cohortes jóvenes más educadas. Pero, como se acaba de argumentar, para las cohortes jóvenes con menor educación esas diferencias pueden estar indicando la presencia de una relación menos activa con la política, que justamente se ha establecido durante los años políticamente formativos. Si ello fuera así, se habría detectado un incipiente efecto generacional, que se constituiría en un rasgo permanente de una parte del público masivo por varias décadas y que influiría en los resultados macropolíticos hasta que el reemplazo demográfico lo tornara irrelevante.

La previsión del tipo de efectos macropolíticos que pudieran seguirse de esos supuestos depende del significado sustantivo que se atribuya a las dos variables empleadas en el análisis. Si se estima que recordar rótulos partidistas y nombres de políticos es algo francamente secundario, sin

relación con comportamientos políticamente relevantes, no tiene sentido proseguir la discusión. Sin embargo, exagerando un tanto las cosas, se puede afirmar que la relación de la inmensa mayoría del público masivo con el proceso político democrático se reduce a tres elementos: rótulos partidistas, nombres de políticos y ciertos contenidos -primordialmente afectivos- asociados a esos rótulos y a esos nombres. En esos términos, una subjetividad política vacía de rótulos y de nombres es una subjetividad singularmente pobre en elementos concretos, que augura una de dos cosas: prescindencia o impredecibilidad. En el dominio electoral, abstención o volatilidad.

Obviamente, la discusión más detallada de esas previsiones conviene hacerla una vez que se cuente con un cuadro más acabado de los fenómenos analizados.

##### 5. La relevancia de las cuestiones políticas

Presumiblemente, la lejanía o indiferencia respecto de la política implica también un sentimiento o una percepción de que las cuestiones políticas generales son secundarias frente a otros temas y problemas. Para quien no está involucrado en la política, la agenda de problemas generales o nacionales

que merecen prioridad debería ser pobre en dimensiones más estrictamente políticas.

El cuestionario empleado para producir los datos aquí utilizados contiene una pregunta que permite explorar este fenómeno de la relevancia de las cuestiones políticas a través de las cohortes.

Así cada encuestado se le señaló que corrientemente se plantean algunas metas para Chile y luego se le mostró una lista de diez metas pidiéndole que indicara cuál de esas metas era en su opinión la más importante. A continuación se le pidió que indicara la segunda en importancia, y posteriormente la tercera en importancia.

De las diez metas, tres pueden clasificarse como metas políticas. Son las siguientes:

- 1) Dar a la gente más voz y voto en las decisiones importantes del Gobierno.
- 2) Garantizar la libre expresión de opiniones.
- 3) Asegurar el control civil sobre las Fuerzas Armadas.

De las restantes, tres son metas económicas:

- 1) Impulsar un fuerte crecimiento económico.
- 2) Combatir el alza de precios.
- 3) Combatir la cesantía.

Hay dos metas que se pueden caracterizar como objetivos de ley y orden.

- 1) Mantener el respeto a las leyes y el orden público.
- 2) Intensificar la lucha contra el crimen.

Finalmente, se presentaron dos metas que, en la terminología de Inglehart(13), pueden rotularse de postindustriales(\*):

- 1) Procurar que la gente tenga más participación en los asuntos de su trabajo y en su comunidad.
- 2) Embellecer nuestra comunidad y el medio ambiente.

---

(\*) Obviamente, la lista contemplaba las metas en una secuencia aleatoria, diferente de cómo se han presentado aquí.

El Cuadro 14 exhibe la distribución por cohortes de las respuestas sobre la meta más importante. La importancia asignada a las metas económicas es abrumadora y más que explicable dadas las condiciones materiales de vida masivas durante el período autoritario.

No obstante, aunque considerablemente distanciada del crecimiento económico y del combate al desempleo, el objetivo de dar más voz y voto a la gente en las decisiones gubernamentales importantes tiene una primera prioridad en la percepción de un 11% de los encuestados. A la vez, las tres cohortes más jóvenes están por sobre ese promedio muestral y salvo un caso -una diferencia mínima entre la tercera y la cuarta cohorte- el porcentaje de cada una de ellas que opina que ese objetivo tiene la primera importancia es mayor que los respectivos porcentajes en las demás cohortes. Diferencias similares se observan respecto de las metas de libertad de expresión y de control civil sobre las Fuerzas Armadas, aunque más irregulares en este último caso.

En el Cuadro 15, se ha considerado para cada cohorte y para cada meta el porcentaje de personas de la respectiva cohorte que ha asignado la primera, segunda o tercera importancia a la meta de que se trate.



Cuadro-15

Jerarquía de metas considerando el porcentaje que le asigna la muestra a cada una de ellas, en primer, segunda o tercera importancia

	Muestra	Cohortes										
		1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
Combatir cesantía	58.1	54.0	54.8	61.0	59.0	60.5	58.2	58.5	60.8	59.3	55.1	72.2
Crecimiento económico	49.5	48.5	52.6	48.9	48.1	53.1	48.8	48.8	49.7	41.4	52.5	45.6
Combatir inflación	36.2	31.0	28.1	32.2	40.4	38.9	39.3	36.1	41.5	42.6	46.2	57.0
Voz y voto en decisiones	34.3	46.6	38.1	36.7	32.9	27.6	28.3	35.6	29.2	25.9	22.2	21.5
Participación laboral y comunitaria	27.1	28.2	27.3	25.1	28.9	26.1	27.1	27.3	27.5	33.3	24.1	17.7
Orden público	24.3	23.4	23.5	25.3	26.7	25.3	23.0	21.5	25.2	26.5	25.3	19.0
Libertad de expresión	22.8	25.3	26.6	24.6	20.8	23.9	23.8	22.0	18.7	17.9	13.9	15.2
Combatir el crimen	15.5	14.0	14.8	14.4	12.7	14.2	16.4	14.6	19.3	19.1	22.2	24.1
Control civil sobre FF.AA.	12.4	13.0	15.9	16.0	8.7	9.7	12.7	11.7	10.5	12.4	11.4	5.1
Embellecimiento y	7.8	7.5	8.0	8.1	7.1	7.7	7.8	7.8	8.2	8.0	10.1	3.8

Los resultados refuerzan la impresión que en las cohortes más jóvenes las metas clasificadas como políticas tienen una mayor relevancia relativa. En las tres primeras cohortes, el objetivo de mayor voz y voto en decisiones gubernamentales desplaza a un cuarto lugar al combate de la inflación. Igualmente, en las tres los objetivos de garantizar la libertad de expresión y de control civil sobre las Fuerzas Armadas se mencionan con mayor frecuencia que en las restantes cohortes.

Para obtener una confirmación más rotunda de esa impresión se construyó una escala muy simple -en realidad, es un índice sumatorio- de relevancia de metas políticas. Para cada encuestado se contó el número de veces que mencionó metas de esa clase en sus respuestas. El índice va entonces de 0 (no menciona metas políticas) a 3 (menciona tres metas políticas). El Cuadro 16 muestra el puntaje promedio obtenido por cada cohorte en esa escala o índice.

Pese a la prioridad abrumadora otorgada a las metas económicas, las metas políticas indudablemente tienen una

**Cuadro 16****Puntaje promedio de cada cohorte en escala de relevancia de metas políticas**

<b>Cohorte</b>	<b>Puntaje promedio</b>
1	.85
2	.80
3	.77
4	.62
5	.61
6	.64
7	.69
8	.58
9	.56
10	.47
11	.41
<b>Promedio total muestra</b>	<b>.69</b>

mayor relevancia relativa en las cohortes más jóvenes.

Este hallazgo no deja de ser sorprendente ~~si se considera~~ <sup>en virtud de</sup> que han sido precisamente los grupos más jóvenes los más golpeados por el desempleo y por condiciones de vida que han ido desde paupérrimas a muy estrechas para la gran mayoría. Por consiguiente, dada la correlación negativa existente entre edad y educación, se puede pensar que la diferencia observada es principalmente el producto de una contribución de los segmentos más educados de los más jóvenes, cuya probabilidad de haber estado protegidos de las inclemencias de los malos tiempos económicos asociados al autoritarismo es sin duda más alta que para otros.

Como lo muestra el Cuadro 17, la relevancia de las metas políticas aumenta con la educación, que es precisamente la predicción que se haría a partir de una teorización como la de Maslow(14) sobre jerarquía de necesidades, o desde ese viejo sentido común que afirma que primero hay que vivir para después filosofar. Si al controlar para educación, las diferencias entre cohortes en sus posiciones relativas en cuanto a relevancia de metas políticas se esfumaran, el acertijo estaría resuelto. No obstante, los resultados del Cuadro 18 hacen concluir que las diferencias entre cohortes se mantienen a través de los niveles de educación.

**Cuadro 17**  
**Puntaje promedio en escala de relevancia de metas políticas para tres categorías de educación**

	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
Puntaje promedio	.52	.75	.91

**Cuadro 18**  
**Puntaje promedio en escala de relevancia de metas políticas por grupos de cohortes y por educación**

Cohortes:	Educación (años)		
	0-8	9-12	13 ó más
1-3	.57	.84	.94
4-11	.50	.63	.86

Una primera interpretación de este resultado se puede comenzar a construir partiendo del hecho de que él está en contradicción con los hallazgos obtenidos respecto de niveles de información política, por lo menos en relación con la población más joven situada en posiciones sociales intermedias o subordinadas. Partiendo de los niveles de información política, hay que concluir que esa población guarda una relación comparativamente menos activa con la política. Partiendo de la relevancia otorgada a metas políticas, la conclusión es justamente la inversa.

Una manera de resolver esa contradicción reside en suponer que lo que efectivamente está sucediendo es que esa población más joven en realidad guarda una relación activa con la política no a través de la mediación de los focos que articulan normalmente los modos de acción política convencionales que son principales en el proceso democrático electoral -votación y campañas, y por consiguiente partidos y políticos profesionales-, sino a través de una relación positiva con modalidades no convencionales de acción política, fundamentalmente acciones de protesta y contestación.

Como se señaló en la Introducción, pese a que se trata de un tipo de actividad que sólo recluta minorías muy tenues,

hay la posibilidad que se produzca una socialización masiva, que implique un tipo de relación activa con la política, a partir de esa actividad siempre que ella posea visibilidad social y se desarrolle en un contexto que le otorgue connotaciones afectivas positivas(15). El caso chileno cumple con esas condiciones. Obviamente, los fenómenos de protesta y contestación han ocupado el centro del escenario durante los años más dramáticos de la era autoritaria y no las elecciones y las campañas electorales. Esa visibilidad puede haber significado para los más jóvenes, especialmente aquéllos en posiciones sociales intermedias y subordinadas, un aprendizaje vicario que haya generado una relación activa con la política perfectamente compatible con un acentuado desinterés por los partidos y por los políticos.

En esta interpretación, las diferencias en cuanto a relevancia de metas políticas observadas entre cohortes constituirían un efecto generacional. En cuanto tal, se proyectaría hacia el futuro y presumiblemente podría producir dificultades para una consolidación democrática. Es plausible que democracias sólidas puedan hacer compatibles altos potenciales de protesta con estabilidad. Es más dudoso que ello sea viable en democracia por consolidarse.

Una segunda interpretación de los resultados discutidos

puede partir de la constatación que las tres metas políticas empleadas para elaborar la escala de relevancia de objetivos políticos son metas con un contenido antiautoritario. En este sentido, el comportamiento de las cohortes más jóvenes puede entenderse, más que como expresando un sentimiento de que ciertas metas son relevantes, como la aprobación a una aseveración antiautoritaria(\*).

Si se acepta la premisa que, en general, la probabilidad de reaccionar frente a situaciones de opresión a través de comportamientos de rebeldía y no de conformismo disminuye a medida que aumenta la edad, los resultados del Cuadro 18 son predecibles.

Ellos se explicarían como la combinación de dos efectos. Uno tendría que ver con la jerarquización de necesidades o urgencias asociada a la posición social, es decir, una hipótesis a la Maslow. El otro vendría dado por la relación entre la edad y una variable psicológica: la propensión al conformismo.

---

(\*) Obviamente, así interpretado el resultado constituye evidencia contradictoria con la hipótesis que la interrupción del proceso democrático ha traído consigo una difusión de orientaciones antidemocráticas entre los más jóvenes. La tendencia sería justamente la contraria.

Esta interpretación trae consigo dos implicaciones interesantes.

Por una parte, la diferencia observada entre cohortes no constituiría un efecto generacional, sino un efecto de ciclo de vida. Bajo condiciones políticas muy distintas, la población más joven tenderá a hacer respuestas menos conformistas que la más vieja, si bien la naturaleza de las respuestas variará según las circunstancias. Por consiguiente, a medida que las cohortes jóvenes aquí consideradas envejeczan, su propensión al conformismo aumentará y sus comportamientos políticos estarán determinados por esa propensión más alta.

Por otra parte, esta segunda interpretación implica que en el Cuadro 18 falta considerar una cuarta variable. Si se dispusiera de una variable que pudiera considerarse una medida razonable de la propensión al conformismo, y se controlara por ella conjuntamente con edad y educación, las diferencias entre cohortes deberían desaparecer.

6. La actitud frente a los modos no convencionales de acción política

De acuerdo a la argumentación recién hecha, el tema de las modalidades no convencionales de acción política y de la relación que el público masivo sustente respecto de ellas es un tema principal.

El cuestionario que sirve de base a los datos aquí empleados contiene una pregunta que se refiere directamente a esas modalidades de acción. Conviene transcribirla tal como se formuló al encuestado:

Quando en nuestra sociedad algunas personas o grupos no están contentos con alguna medida gubernamental, hay varias formas en que pueden expresar su rechazo. Por favor, indíqueme si Ud. aprueba o no aprueba las siguientes acciones:

- a) Acudir a las autoridades.
- b) Recurrir a los tribunales de justicia.
- c) Iniciar una petición con firmas para reclamar.
- d) Distribuir circulares o volantes contra la

medida en cuestión.

- e) Realizar una marcha para reclamar.
- f) Hacer paros parciales.
- g) Cortar el tránsito.
- h) Ocupar oficinas de Gobierno o empresas.
- i) Causar daño a edificios públicos.
- j) Hacer un paro nacional.

Las dos primeras acciones no son no convencionales en sentido estricto. Se incluyeron para contar con una base de comparación, presumiendo que la respuesta de aprobación en ambos casos es una respuesta fácil y que por consiguiente contaría con una muy alta frecuencia. Aún así, más de un 8% de los encuestados no aprobaron ninguno de los tipos de acción descritos en la pregunta.

La pregunta no inquiere por la disposición de la persona a involucrarse en actividades políticas no convencionales, ni menos aún si ha participado efectivamente en algunas de ellas. Tanto desde un punto de vista ético como en términos de factibilidad, no es la clase de información que quepa recoger mediante una encuesta masiva. Adicionalmente, la proporción de la población que participa en ellas es con certeza muy pequeña.

Lo que la pregunta mide es la relación afectiva de la persona con cada modalidad de acción: si la aprueba o la desaprueba. Aparte de que hay razones para pensar que esa dimensión evaluativa se relaciona con disposiciones a la acción, como ya se ha afirmado esa relación afectiva con los fenómenos de protesta y contestación interesa porque ella puede constituirse, en ausencia de elecciones y campañas competitivas periódicas, en un mecanismo de aprendizaje político.

Si bien es difícil evaluar la magnitud del potencial para acciones políticas no convencionales en la población encuestada sin hacer comparaciones a través de países,, es plausible sostener que ese potencial no es bajo. Si bien algo más del 36% aprobó sólo hasta dos tipos de acción, alrededor de un 31% aprobó tres o cuatro. Considerando que las modalidades de acción más populares en términos de aprobación son el acudir a las autoridades y recurrir a los tribunales, ello significa que hay una alta probabilidad que una persona apruebe alguna modalidad estrictamente no convencional. Esa impresión se refuerza al tomar en cuenta que más de un 32% aprobó cinco o más tipos de acción.

La legitimidad de la protesta o contestación está entonces difundida y ello hace plausible la idea de que en

ella reside la base de un proceso de formación política para los más jóvenes.

Para investigar la relación entre legitimidad de acciones políticas no convencionales y edad, se ha tomado como variable precisamente el último porcentaje mencionado más arriba, esto es, el porcentaje que aprueba cinco o más tipos de acción. Aparte de su simplicidad, esa medida tiene dos ventajas. Primero, posee una interpretación probabilística inmediata. Segundo, es presumible que quien aprueba cinco o más tipos de acción posea también una disposición a actuar políticamente de maneras no convencionales. En ese sentido, para un grupo determinado, ese porcentaje mediría razonablemente su potencial de protesta. Su único inconveniente reside en que exige restringir el análisis a las cohortes agrupadas en razón del pequeño número de casos que caracterizan, en esta variable, a las cohortes más viejas.

Según se observa en el Cuadro 19, hay una diferencia importante entre cohortes jóvenes y cohortes viejas que apoya la hipótesis que los fenómenos de protesta y contestación han constituido una vía de socialización para la población más joven.

De acuerdo a los hallazgos anteriormente obtenidos sobre la distribución de niveles de información política por grupos de cohortes y por niveles de educación, con la implicación de que es la población más joven perteneciente a grupos sociales intermedios y subordinados la más ajena a los remanentes contemporáneos de los elementos centrales de un proceso electoral democrático convencional, la legitimidad conferida a la acción política no convencional debería ser mayor en los niveles intermedio y bajo de educación.

No obstante, los resultados del Cuadro 20 contradicen esa expectativa. A la vez, suponiendo que la educación es un buen indicador de posición social, esos resultados contradicen también la hipótesis sobre una relación positiva entre potencial de protesta y condiciones de privación o franca destitución sociales.

Por otra parte, hay que rechazar también la hipótesis que el efecto de la edad sobre el potencial de protesta responda a la relación negativa entre edad y educación. Los resultados del Cuadro 21 muestran que, en cada uno de los niveles de educación considerados, los más jóvenes confieren mayor legitimidad a la acción política no convencional que los más viejos.

Cuadro 19

Porcentaje que aprueba cinco o más modalidades de acción política no convencional por grupos de cohortes

Grupos de cohortes:	Porcentaje
---------------------	------------

1-3	38.5
-----	------

4-11	27.4
------	------

Cuadro 20

Porcentaje que aprueba cinco o más modalidades de acción política no convencional por niveles de educación

Educación:	Porcentaje
------------	------------

0-8 años	26.5
----------	------

9-12 años	33.6
-----------	------

13 ó más años	40.8
---------------	------

Cuadro 21

Porcentaje que aprueba cinco o más modalidades de acción política no convencional por grupos de cohortes y por educación

	Educación		
	0-8 años	9-12 años	13 ó más años
<u>Cohortes:</u>			
1-3	32.0	37.8	44.9
4-11	24.9	27.9	34.9

Una conclusión posible es que las diferencias observadas apuntan efectivamente a un efecto generacional originado en la interrupción del proceso democrático. Sin embargo, hay la hipótesis alternativa que esas diferencias son un efecto de ciclo de vida. Por ejemplo, que hay rasgos psicológicos, propios de una menor edad, que llevan a los más jóvenes a ver bajo una luz más favorable las acciones de protesta y contestación.

El cuestionario utilizado en la encuesta contiene una pregunta que puede considerarse como un indicador, aunque bastante grosero, de la aversión al riesgo en cuanto característica psicológica de la persona. Presumiblemente, por razones bastante obvias, la aversión al riesgo se relaciona negativamente con la propensión a aprobar acciones de protesta. La pregunta es la siguiente:

Si Ud. tiene que tomar una decisión, ¿por cuál de estos proverbios prefiere guiarse Ud.?:

a) El triunfo es de los audaces; o

b) Juan Segura vivió muchos años.

Para los fines del análisis, se ha supuesto que quienes dicen que prefieren guiarse por el primer proverbio tienen una aversión al riesgo comparativamente menor que los que

prefieren el segundo proverbio.

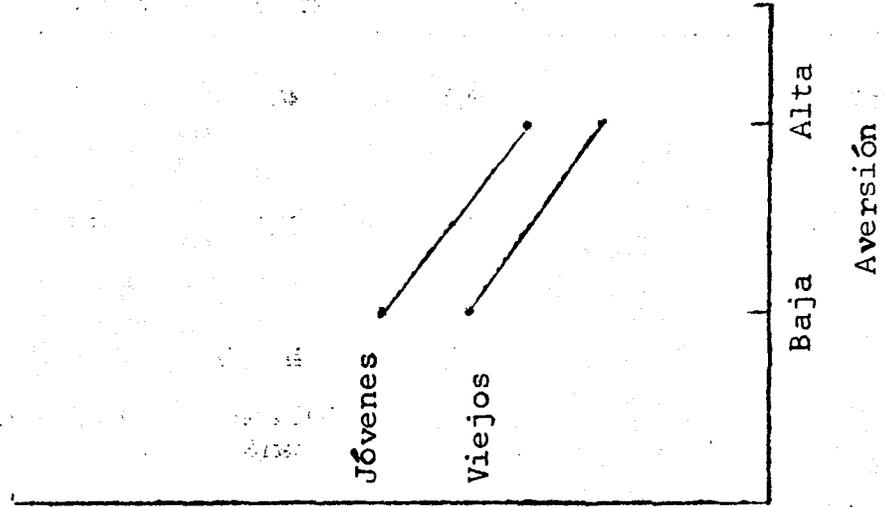
Hay una relación entre edad y aversión al riesgo: en las cohortes jóvenes, un 36% opta por el primer proverbio; en cambio, alrededor de un 28% lo hacen en las cohortes viejas. También hay una relación con potencial de protesta: un 44% de aquéllos con menor aversión al riesgo aprueban cinco o más tipos de acción no convencional versus un 26% en el grupo con mayor aversión al riesgo.

Como se aprecia en el Cuadro 22, la introducción de esta nueva variable en el análisis revela una estructura subyacente a los datos más compleja que lo que cabía suponer en principio. Esa complejidad la pone de relieve, a simple vista, el Gráfico 1, que se limita a exhibir los mismos datos de ese Cuadro representados mediante un artefacto diferente.

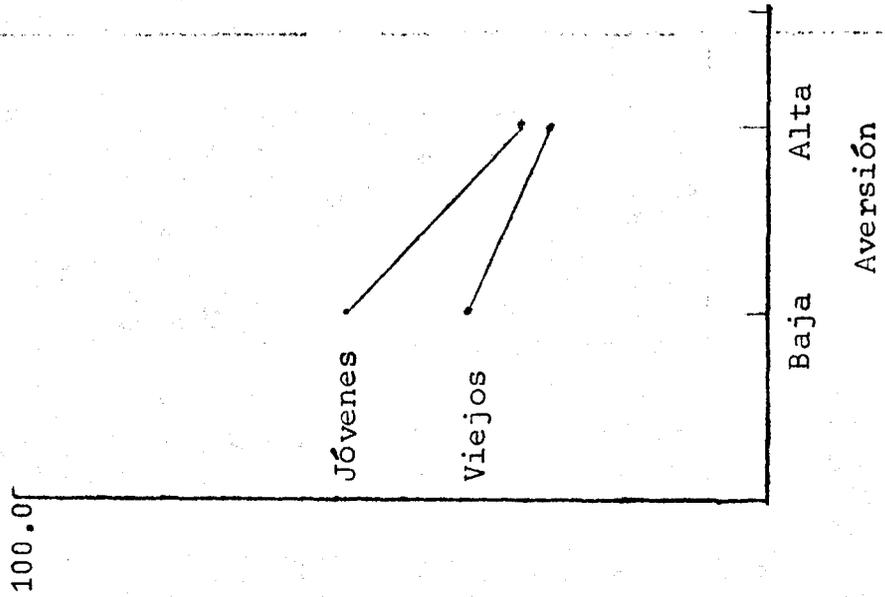
Lo que aquí interesa destacar es que la introducción de la aversión al riesgo como variable no hace desaparecer el efecto de la edad. La edad sigue operando sobre el potencial de protesta, pero ahora en términos conjuntos con la aversión al riesgo de una manera que no es simple. En el lenguaje del análisis de varianza, hay un efecto de interacción de tercer orden: edad y aversión al riesgo se relacionan y afectan el potencial de protesta, pero la forma de esa relación varía de

Gráfico 1

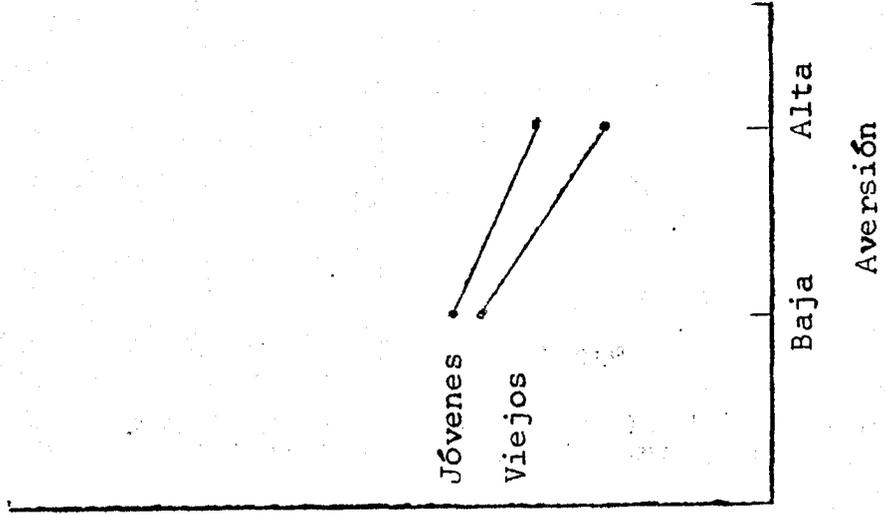
Ed. Media



Ed. Alta



Ed. Baja



Cuadro 22

Porcentaje que aprueba cinco o más modalidades de acción política no convencional por grupos de cohortes, por educación y por aversión al riesgo

	<u>Baja aversión al riesgo</u>		
	0-8 años educación	9-12 años educación	13 o más años educación
Cohortes 1 a 3	40.0	48.9	54.7
Cohortes 4 a 11	37.9	38.1	38.6
	<u>Alta aversión al riesgo</u>		
	0-8 años educación	9-12 años educación	13 o más años educación
Cohortes 1 a 3	29.3	31.7	32.6
Cohortes 4 a 11	21.3	22.8	31.3

un nivel educacional a otro. Como se observa en el Gráfico 1, en la condición de alta educación la aversión al riesgo opera con más intensidad entre jóvenes que entre viejos. En la condición de baja educación, es al revés: opera con mayor intensidad en las cohortes viejas. Para el nivel intermedio de educación, la intensidad es la misma en ambos grupos de cohortes.

En otras palabras, el tipo de posición social y la clase de habilidades y competencias que se poseen conducen a que edad y aversión al riesgo se relacionen de modos distintos para actuar sobre el potencial de protesta. Los autores carecen de una interpretación sustantiva para este hallazgo.

En todo caso, lo que queda en pie es que es plausible considerar el efecto de la edad como un efecto generacional. El esfuerzo por producir evidencia en el sentido de verlo como un efecto de ciclo de vida ha fracasado.

## 7. Conclusión

Una primera conclusión que cabe destacar es que la evidencia exhibida contradice la hipótesis sobre el retraimiento político generalizado de los más jóvenes.

La única dimensión donde esa hipótesis podría encontrar sustento es en los niveles de información respecto de los agentes principales del proceso democrático normal; partidos y políticos profesionales. En este ámbito, las carencias afectan más importantemente a las cohortes más jóvenes socialmente intermedias o subordinadas (niveles de educación bajo y medio). Se podría hablar entonces de un efecto de desarticulación de esas cohortes respecto del proceso democrático incipiente o potencial, producido por una socialización bajo condiciones autoritarias, desarticulación que está referida a los elementos más concretos de un proceso democrático: aquéllos vinculados a su faz electoral.

Ese no es el caso de las cohortes jóvenes más educadas. Tanto la acumulación de ventajas para una alta politización que conllevan las posiciones sociales que se asocian a esa alta educación, como una mucho mayor intensidad de transmisión intergeneracional (en rigor, intercohortes) de orientaciones políticas concretas preautoritarias -explicable por la alta politización de las cohortes viejas más educadas-, hace que el desempeño de esas cohortes jóvenes en la dimensión considerada sea más que satisfactoria. Es de presumir que pese al interregno autoritario, ellas están articuladas a un incipiente proceso democrático electoral, o les será fácil esa articulación.

En ausencia de un proceso democrático electoral, todas las cohortes jóvenes han encontrado en los fenómenos de protesta y contestación un mecanismo sustitutivo para su socialización política, presumiblemente de un modo vicario para la abrumadora mayoría.

En el caso de las más educadas, esa otra socialización ha ampliado el repertorio de acción política. La probabilidad que un miembro de ellas tenga una relación activa con una memoria democrática y una actividad política convencional en desarrollo, y a la vez confiera legitimidad a un espectro relativamente amplio de acciones no convencionales, es una probabilidad alta.

En el caso de las menos educadas, esa otra socialización ha operado de manera unilateral. No se ha hecho conjuntamente con una articulación importante a los elementos más concretos de un posible proceso democrático electoral.

La previsión de los posibles efectos macropolíticos de estos rasgos de la población más joven depende en gran medida de la durabilidad que se les pueda atribuir.

Considerando primero el potencial de protesta, se puede argumentar que al reanudarse el proceso democrático la

legitimidad de acciones no convencionales descenderá bruscamente. Se trataría de un impacto de mediano plazo de las condiciones autoritarias, que no sobreviviría a ellas.

No obstante, sobre este punto hay por lo menos dos cosas que destacar. Primero, la encuesta cuyos datos han sido analizados se realizó en noviembre de 1987, en un momento en que, después de la drástica crisis de legitimidad sufrida por los fenómenos de protesta y contestación a partir del atentado de septiembre de 1986, ellos se encontraban en una fase prolongada de decadencia profunda que persiste hasta hoy. Pese a ello, el potencial de protesta observado es alto, lo cual hace concluir que puede tratarse de algo más duradero. Segundo, el análisis ha mostrado que es presumible que se trate de un efecto de la edad entendida como indicador de experiencias comunes y no de la edad como indicador de rasgos psicológicos biosociales, aunque se relaciona con esos rasgos de modos complejos para producir el efecto en cuestión. En la medida en que un componente es una dimensión de socialización o aprendizaje, cabe esperar que el efecto sea de larga duración o generacional.

Si ese es el caso, una etapa de consolidación democrática tendría que contar con un potencial de protesta importante como un rasgo de la situación.

Que ese potencial se haga efectivo o no, depende del desempeño gubernamental y del sistema político en sentido amplio, y de las expectativas difundidas sobre ese desempeño.

Hay casi unanimidad en prever un desempeño más bien mediocre del proceso democrático en su conjunto en una etapa de consolidación, dadas las condiciones nacionales e internacionales, y las experiencias de transición y potencial consolidación contemporáneas. Si bien la evidencia disponible no apunta en el sentido de expectativas masivas muy exigentes, es de presumir que superarán al desempeño. En estas circunstancias, se puede predecir que algún potencial de protesta importante se hará efectivo.

Las posibles consecuencias desestabilizadoras de ese gatillamiento de parte del potencial de protesta dependen del carácter de la respuesta que provoque.

Si la política gubernamental y la mayoría de las respuestas partidistas son acentuadamente represivas, la probabilidad es alta de que se entre en una espiral viciosa en que la emergencia de fenómenos de protesta y contestación provoquen respuestas represivas, que a su vez activen una proporción mayor de potencial de protesta, el cual a su turno conducirá a mayor represión, y así por delante. Si esa

espiral se produce, casi con certeza llevará a una regresión.

Un punto que conviene subrayar aquí es que los países democráticos postindustriales se las han arreglado, durante las últimas décadas, para combinar elevados potenciales de protesta y fenómenos efectivos de actividad política no convencional con procesos democráticos normales y la actividad política convencional propia de esos procesos. La marcha regular de esas actividades puede coexistir, y quizás aún articularse en términos de una cierta legitimidad compartida, con formas no violentas de contestación y protesta.

En las condiciones más previsibles para una etapa de consolidación, una política sabia consistiría en procurar integrar modalidades aceptables de acción política no convencional -el límite está impuesto por la violencia a las personas y la destrucción de bienes privados y públicos-, si no como elementos normales plenamente legítimos del proceso político, por lo menos como ingredientes tolerables de ese proceso. Obviamente, la posibilidad de una política semejante depende del carácter de las fuerzas políticas que controlen una etapa de consolidación. Para quien interpreta una simple manifestación callejera como un grave quebranto del orden, esa política es inconcebible.

La desarticulación de las cohortes jóvenes menos educadas del potencial proceso democrático electoral presumiblemente es un efecto generacional duradero.

Como se señaló en algún momento, ello conduce a dos tipos previsibles de respuesta colectiva por esas cohortes: abstención o volatilidad.

La volatilidad o disponibilidad -para emplear ese viejo concepto debido a Germani- ciertamente aumenta el espacio de maniobra de los partidos en la competición electoral y convierte a ese electorado en una presa apetitosa cuya captura puede imprimir vuelcos dramáticos a la contienda.

Hay allí entonces un elemento que puede introducir un carácter muy cambiante al proceso electoral, es decir, un proceso sujeto más que a realineamientos frecuentes, a un desalineamiento permanente.

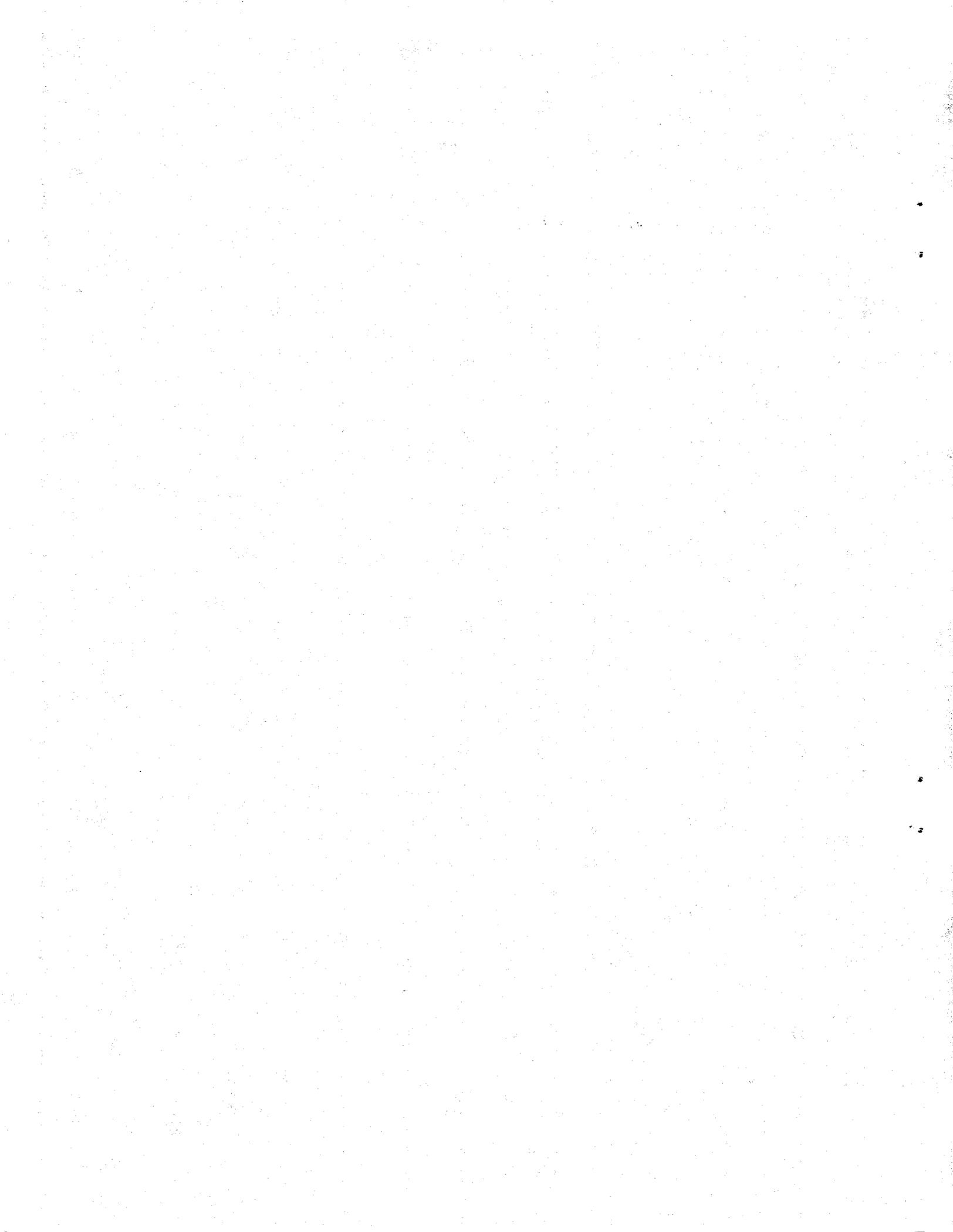
Ese posible impacto tendría dos consecuencias negativas. Primero, tornaría la actividad coalicional interpartidista en algo igualmente inestable y fugaz. La expectativa, razonablemente fundada, de obtener en soledad lo que se desea mediante el aprovechamiento de una volatilidad electoral importante no es precisamente el mejor incentivo

para buscar obtenerlo en la compañía más permanente de otros. Segundo, en un sistema de partidos tal como el que previsiblemente heredará una etapa de consolidación, con fuerzas centrífugas potenciales importantes, esa disponibilidad es un factor que puede activar esas fuerzas.

La respuesta colectiva de abstención sólo sería posible a partir de un pacto, explícito o implícito, de los partidos, o si ellos se comportaran como si ese pacto existiera, en términos de evitar la activación y movilización electoral de esa parte de la población. Independientemente del deterioro en la calidad de la vida democrática que ello traería consigo, ese comportamiento de los partidos no parece posible. En un sistema de partidos como el chileno, la tentación de ser free rider a partir de un pacto semejante es irresistible.

Previsiblemente, hay aquí una dificultad seria para una consolidación. La única vía de salida plausible parecería consistir en que alguna de las fuerzas partidistas, apoyada en lealtades electorales permanentes, emergiera tempranamente como partido predominante y lograra neutralizar esa volatilidad o disponibilidad en plazos más largos. Quizás porque han intuido esos rasgos de la situación, esa alternativa parece ser el anhelo más profundo de toda fuerza

política que se respete.



## NOTAS

- (1) Philip E. Converse, Of Time and Partisan Stability, Comparative Political Studies, Vol.2, No.2, Julio, 1969.
- (2) Un tratamiento del tema para los Estados Unidos lo proporciona Paul R. Abramson, Las Actitudes Políticas en Norteamérica, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, Buenos Aires.
- (3) Samuel H. Barnes, Peter McDonough y Antonio López Pina, The Development of Partisanship in New Democracies: The Case of Spain, American Journal of Political Science, 29, noviembre, 1985.
- (4) José María Maravall, La Política de la Transición, Taurus, 1984.
- (5) Sidney Verba y Norman H. Nie, Participation in America: Social Equality and Political Democracy, Harper & Row, 1972, New York; también véase Sidney Verba, Norman H. Nie y Jae-on Kim, Participation and Political Equality. A seven-nation comparison, Cambridge University Press, 1978.
- (6) Sobre el concepto, véase Samuel H. Barnes, Max Kaase et.al., Political Action. Mass participation in five western democracies, Sage Publications, 1979.
- (7) Véase Alan Marsh y Max Kaase, Measuring Political Action, en Political Action, capítulo 3, ob. cit.
- (8) Una revisión crítica adecuada de ese punto de vista la presentan Robert R. Alford y Roger Friedland, Powers of Theory, Cambridge University Press, 1985.
- (9) El trabajo seminal de Mannheim fue publicado en 1928 y se intitula El Problema de las Generaciones. Ignoro si está traducido al castellano. Véase Karl Mannheim, The problem of generations, en The New Pilgrims, editado por P.G. Altbach y R.S. Laufer, David McKay, 1972, New York.
- (10) M.Kent Jennings, Residues of a Movement; The Aging of the American Protest Generation, American Political Science Review, Vol. 81, No.2, junio 1987.

- (11) El dato lo proporcionan Philip E. Converse y Roy Pierce, Political Representation in France, Harvard University Press, 1986, pág.816.
- (12) Para Chile, véase Angel Flisfisch, Consenso Democrático en el Chile Autoritario, en Cultura Política y Democratización, Norbert Lechner compilador, CLACSO-FLACSO-ICI, 1987, Santiago de Chile.
- (13) Entre muchos, véase Ronald Inglehart, The Silent Revolution in Europe. Intergenerational Change in Post-Industrial Societies, Princeton University Press, 1977.
- (14) La referencia obligada es Abraham H. Maslow, Motivation and Personality, Harper & Row, 1954, New York.
- (15) Marsh y Kaase argumentan que, para explicar el potencial de protesta muy alto observado en Holanda, se puede hipotetizar que muchos holandeses asocian acciones de protesta y contestación con el movimiento de resistencia durante la segunda guerra. De hecho el grupo con más alto potencial se conforma por quienes eran adolescentes durante la guerra, un claro caso de aprendizaje vicario persistente hasta hoy. A Marsh y M. Kaase en Political Action, capítulo 4, ob. cit., pág. 105.

